

EL SUFRIMIENTO DE LOS SERES COMUNES



GUILLERMO
SACCOMANNO

GUILLERMO SACCOMANNO

El sufrimiento de los seres comunes

El insomnio más largo

Camina sin parar, como sonámbula. Camina y piensa. Su pensamiento no se apaga ni se queda quieto. Ahora, por ejemplo, sé que está pensándome como yo la pienso. Así es ella. También podría describirla así: Florencia Ungar, DNI 24246057, tiene casi cuarenta años, los cumple en octubre. Cuatro más que yo. Es secretaria ejecutiva del Observatorio de Big Data de Transcorp Communications, donde pronto será ascendida a la dirección de Operaciones. Pelo castaño, ojos también castaños, labios finos, delgada, esbelta. Viste un polar negro sobre una camiseta gris, jeans y zapatillas. Esta medianoche de un martes frío de fines de mayo, mi hermana camina sin parar por la avenida Rivadavia como queriendo certificar que es la más larga del planeta sin darse cuenta de que los pasos apurados la internan en la noche más larga de su vida. Y la última.

Antes de bajar a la calle, puedo imaginarla, Flor estuvo escuchando la oscuridad como cuando éramos chicos.

Y al escucharla, puedo verla, ella sabe que no pegará ojo hasta el amanecer. Sabe también que no hay antídoto contra lo que se le viene. Probó con yoga, con ejercicios espirituales, una gimnasia coreana. Probó también con el valium. Y como al día siguiente se levantaba estúpida, lo abandonó. Más tarde probó con el dormicum. Y como en la mañana también se despertaba zombi, lo abandonó, como había hecho antes con todos los psicofármacos que había acumulado en su botiquín hasta que una madrugada los tiró. Por eso esta noche ha decidido aguantar con los ojos abiertos. Si ahora aguanta con los ojos abiertos es porque al cerrarlos, apretando los párpados, el insomnio se vuelve una herida en las pupilas: fosforescencias, estrellas fugaces, destellos hirientes. La pesadilla de los despiertos en las sombras, las vueltas entre las sábanas.

Flor da otra vuelta en la cama, la enésima. Sabe que todo esfuerzo por conciliar el sueño es inútil. Hubo una época en que se subía al auto y daba tantas vueltas como las que podía dar en la cama. Se perdía en el conurbano. Hasta que una madrugada, por Berazategui, se estroló contra un semáforo: la sacó barata, tres costillas rotas. Se acuerda también de la época en que un polvo le aplacaba el insomnio. Si bien después del tipo no dormía más que un rato, al menos era algo. El problema del después consistía en que no aguantaba los ronquidos del otro. La mayoría ronca, me dijo. Y nada causa tanta rabia a los insomnes como compartir la cama con alguien que duerme

profundamente. Los durmientes no pueden comprendernos, me dijo una vez. Además está el miedo. Porque el insomnio causa miedo al acercarse la tentación del suicidio. Se pregunta qué le causa más miedo, si la muerte o ser madre. Las dos, formas de escapar del miedo. Si tuviera hijos también le pasaría, calcula. Más de una vez se pensó madre, pero siempre soltera. Los hijos quitan tiempo. Además es mentira, como dicen, que los hijos impiden el suicidio. Anita, su mejor amiga, madre de mellizos, cuando dio a luz se cortó las venas y fracasó. Tres meses después arrojó a los mellizos por el balcón del séptimo piso. Y atrás saltó ella. Los mellizos cayeron en la copa de una higuera y se salvaron. Anita, pobre, se mató contra los baldosones de la planta baja. Ser madre, piensa. Dedicarse a la crianza todo el día. Y entonces, madre al fin, extenuada, al llegar a la cama se hundiría en el pantano de un sueño. Pero se negó tanto a ser madre como a convivir y aquí está, negando que tiene miedo. También alguna vez pensó en hacerse torta. En una de esas, con una mujer era distinto. Pero la sola idea de chupar una concha le daba asco. El amor, en definitiva, no es otra cosa que una distracción de la soledad. Y si no hubiera estado sola, no habría escalado desde Floresta hasta Barrio Norte. Pero, se pregunta, de qué le sirve ser una ejecutiva, el confort de su departamento, mantenerse a los cuarenta con el look de una de treinta, si cada noche es un laberinto de ideas oscuras, cada una más oscura que la anterior.

Se pregunta si a esta hora papá, en el geriátrico, dopado, estará durmiendo. El sueño y el olvido son y no son lo mismo. Si se sueña se está en otra parte, una tierra donde el pasado y el futuro se confunden en el terror y el deseo, lo que se desea y lo que más aterra. Le gustaría, si se duerme, soñar que no sueña. Papá perdió la memoria. A veces, cuando lo visita, la confunde con mamá. No soy mamá, se oponía Flor al principio. No soy mamá, pa, soy Flor. No me jodas, Nora, negaba él. Flor debe estar en el cole. Contame cómo le va a Flor en el cole. Es tan aplicada. Te envidio, papá, le dijo Flor. Quisiera perder la memoria como vos. Esta noche de insomnio Flor se acuerda de papá. Y al acordarse de papá se acuerda de cuando éramos chicos. Nuestros padres eran insomnes. El terror les había quitado el sueño. Entonces jugaban al ajedrez. Todas las noches, todo lo que duraba cada noche. Nos acordamos: Enroque, decía papá. Oíamos una sirena. Los dos se miraban. Después, cuando volvía el silencio: Movés vos. Escuchaste, preguntaba papá. Mamá: Escuché, pasaron cerca. Y después: Enroque. A veces era papá: Jaque. Otras, mamá: Mate. Así noches enteras. Un estruendo cerca, otra sirena, tiros, gritos. Escuchaste, le preguntaba ahora mamá. Escuché, le decía papá. A veces era mamá la que le preguntaba: Escuchaste. Y era él quien le decía: Escuché. Después, cuando ya no se oía nada, igual seguían despiertos jugando al ajedrez. El mundo se divide entre los dormidos y los que estamos alerta, opinaba

papá. Y nosotros somos una familia alerta. Me acuerdo de que Flor me cantaba en voz baja: «Duérmeme mi niño». Yo no soy tu niño, protestaba yo. Mamá me dijo que si vienen yo te tengo que cuidar. Tenés que acostumbrarte. Mamá murió en el 83, cuando el terror parecía haber aflojado. Papá dijo que la había matado el miedo: un infarto. Y nos mandó a lo de sus hermanos en Trevelin. Aprendimos a montar, a darles de comer a los chanchos, a cazar maras. Lo que seguíamos sin aprender era a dormir. Nos pasábamos las noches despiertos escuchando el campo. Una vaca, un grillo, una lechuza, un cordero, los perros. Y el viento. El viento era lo que más nos gustaba. Nos gustaba el campo, la cordillera cerca. Y la nieve. Pero de noche seguíamos despiertos como si viviéramos con papá y mamá.

Flor siempre se acuerda de esa época. No hay noche de insomnio que no se acuerde. Y como su insomnio es crónico, se acuerda todo el tiempo. El insomnio es el motor de la memoria. Piensa en servirse un trago y salir al balcón. Pero no. El alcohol la va a tensar más. Podría levantarse, prender la Mac. Pero si lo hiciera se quedaría pegada. Siempre le pasa. Y más a esta hora, en este estado. Pasa un patrullero. La puerta del ascensor. El eco de voces en el departamento de al lado. Reconoce la del vecino vestuarista, su risa histérica. Después el silencio. Al lado hay música, fiesta. La alegría de los otros la hunde más en el insomnio, puedo imaginarla.

Aunque sepa de Flor más de lo que un hermano puede saber de su hermana, conocimiento que incluye el número de su documento, sé que es imposible imaginar una situación tan personal como el insomnio ajeno. A menos que uno también sea insomne. Las vueltas que se dan en la cama, de una pared a la otra, tomar agua, concentrarse en una mancha del techo, el goteo de una canilla, oír el ascensor, la calle, la atención errática, gestos que son manías, un repertorio de lugares comunes. No hay dos insomnes iguales. El insomnio no es el mismo para todos los despabilados. Los otros, los dormidos son de otra raza, decía Flor, y yo creía que hablaba papá. El insomnio siempre es soledad. Y no hay dos soledades iguales. Esta noche en que la imagino, Florencia está más sola que nunca, que nadie.

El latido del corazón en la almohada. El ritmo monocorde de la respiración. El roce de la sábana. La ciudad duerme. Ella no. Piensa en los amantes en los hoteles. Piensa la noche de las estaciones vacías y sus mendigos durmiendo en bancos, en los trenes detenidos y las vías muertas. Piensa en la noche de los hospitales y la angustia en vela. Piensa en la noche de las comisarías, los calabozos y sus detenidos. Piensa en las cárceles y los presos. Piensa en las villas miseria y su miseria. Piensa en el planeta y piensa en los paisajes que nunca conocerá. Piensa en los aeropuertos, los pasajeros en espera, los aviones que surcan los cielos. Piensa en los barcos surcando altamar en la

noche. Piensa en los océanos y en su profundidad. Piensa en los peces que irradian luz. Piensa en el cosmos, en las constelaciones, en las estrellas fugaces. Piensa en los dedos de sus pies. Y los mueve. Tendría que cortarse la uña encarnada del meñique del pie izquierdo. Se siente diminuta como ese dedo. Mueve el dedo chico del pie izquierdo, levanta la pierna, se lo toca. Es el dedo de la inseguridad y el miedo. Ella se siente insegura y miedosa. Pero al tocarse la uña encarnada piensa que, al menos, ese dolor le dice que está viva en el letargo que se impone. Así estará hasta que la primera claridad del día entre por el ventanal que da sobre la plaza de Arenales. Entonces escuchará los motores, las frenadas, los primeros ruidos del día. Pero falta todavía para esa hora en la que el insomnio se convirtió en un cansancio que acalambra hasta los reflejos. Entonces piensa alternativas a la cama.

Por ejemplo, bajar a la calle, caminar una avenida hasta el agotamiento. Hubo noches en que caminó Santa Fe hasta Plaza San Martín y después vagó por las estaciones de Retiro. Sorteó pibes peligrosos. Y si no le pasó nada, está convencida, se debe a que el insomnio le transformaba la expresión: podía verificarlo en su imagen en las vidrieras. Angulosa, pálida, los ojos vidriosos y rojos y el paso firme y rápido, transmitiendo una determinación que nada ni nadie podía turbar. Tal vez ella inspiraba temor. Al menos esto pensó: intimidaba. Caminar fue, después del estrole y los polvos, toda otra época: ya no

recuerda cuándo. Es que el insomnio consigue esto, que entres en un despiste, trastoca los recuerdos, las fechas y hasta quién es uno.

Se levanta en la oscuridad, tiene la boca seca. Avanza hacia la pileta de la cocina, llena un vaso de agua. Lo toma. Llena otro. Lo toma. Y vuelve a la cama. También estuvo la época de los bares. Aunque prefería estar sola con su vodka tonic, no había madrugada que no se le arri-mara un tipo. Le seguía la corriente, emitía monosílabos, se hacía la misteriosa. Como se aburría, se apartaba de la barra y se esfumaba. Eso antes. Ahora da otra vuelta entre las sábanas. Flor no da más. Y se pregunta desde cuándo sufre insomnio. Desde que tiene memoria, se dice. La memoria del insomnio le dice que nunca durmió en su vida excepto de a ratos, ni siquiera cuando era chica. Y se acuerda de las noches de ajedrez, la familia desvelada, los libros que me leía. Una familia sin sueño. A veces, en la penumbra, cuando me cantaba el arrorró, yo me hacía el dormido, más que nada para complacerla, y entonces ella prendía el velador, se ponía a leer, leía hasta que, al amanecer, empezaba a cabecear un sueño. Duérmeme mi niño. Y cuando se cansaba: Dormite de una vez, me decía. Leeme, le pedía. Y ella me leía. Por qué es malo Heath-cliff, le preguntaba. Porque de chico lo abandonaron los padres, me contestaba. Y por qué lo abandonaron los padres, le preguntaba. Y por qué, le preguntaba. Por qué, por qué, por qué. Yo volvía a la carga: A nosotros no nos

van a dejar nunca, le preguntaba. Nunca, me decía. Callate y escuchá. Flor volvía a la lectura. Su voz no se cansaba hasta que me durmiera, pero yo no me dormía. Esta noche, ahora, Flor se acuerda: iba dormida al colegio. Si había sido buena alumna se lo debía al insomnio. Pasaba las noches y las madrugadas estudiando por desesperación. Era la única que, si se juntaba a preparar una materia con compañeras, duraba hasta el amanecer. Y si al examen llegaba somnolienta, en el momento de enfrentar la prueba se ponía las pilas. Desde que tiene memoria duerme de a ratos, excepto en la empresa. Aunque sí duerme al mediodía: se encierra en un baño y sentada en el inodoro cabecea un sueño corto. Después, al salir del trabajo, cuando entra en su departamento, se tira otro rato. Se despierta a la hora en que todos cenan. A veces se inventa un programa con amigas, para que la medianoche no la encuentre acostada. Pero las amigas la aburren, nada de lo que hablan tiene que ver con ella, que solo puede pensar en el insomnio que la espera al volver. No obstante, estira el encuentro. Porque si la medianoche la encuentra acostada, el insomnio la atacará antes. Se resiste a navegar, pero el impulso la puede y termina extraviándose en la pantalla. Y, si no hizo programa, después de prepararse un omelette, como esta noche, al acostarse temprano, porque la una es temprano, ya vio una serie y ahora, se pregunta, ahora qué. Las dos, las dos y un minuto, las dos y tres minutos. Y si bien cabeceó con los ojos cansados,

ahora, despabiladísima, apaga un documental sobre mascotas asesinas, se incorpora.

Entonces se levanta, se viste. Se pone el jean, las zapatillas, el polar negro. Anota un número de teléfono, lo guarda en un bolsillo. Y baja. Las veredas y el asfalto brillan húmedos. Empieza a caminar hacia el sur. Camina sin mirar a los costados. Camina contando los pasos hasta que pierde la cuenta. Camina hacia Rivadavia. En la avenida dobla hacia la derecha, hacia el oeste. Camina por Rivadavia. Camina sin detenerse. Respira el aire húmedo. Pasa por Floresta, cerca de donde vivíamos de chicos. Pero no se detiene. Sigue de largo. Sigue hasta Liniens. Y se adentra en la provincia. Todavía de noche, pasa el primer tren del Sarmiento. No le presta atención. Ya hay colas en las paradas, los primeros hombres y mujeres del día que empieza a amanecer. Camina. El corazón, un tambor. Le falta el aire, pero sigue adelante. Toma impulso. Y marcha otra vez. Camina, se detiene, recupera el aliento. Camina. No sabe dónde está y tampoco le importa. Las construcciones empiezan a espaciarse. Hay pastizales a los costados de la ruta. Camina bajo el cielo encapotado. No da más, pero no para. Camina hasta que las piernas le fallan. Se le doblan. Tropieza. Un dolor en el pecho, como una detonación. Se cae, se levanta en cuatro patas. Logra pararse. Y avanza contra ese dolor en el pecho. Camina hasta caer otra vez. No vuelve a moverse. Cierra los ojos. Sonríe.

La policía me telefoneó en la tarde. Tenía mi teléfono anotado en un papelito en un bolsillo. Lo único que llevaba. Paro cardíaco, según la autopsia. La reconocí en la morgue. Sí, es mi hermana, dije.

La imagino poniéndose el jean, las zapatillas, el polar negro. La imagino caminando. La imagino en mi insomnio. Y salgo a caminar.